

Santísima Trinidad / C

1 lectura: Proverbios 8,22-31

Antes de que la tierra existiera, la sabiduría fue engendrada.

Dios es un dios razonable que ha creado el mundo racional. El himno a la Sabiduría de Dios que encontramos en esta lectura del libro de los Proverbios nos presenta, en un lenguaje repleto de metáforas y personificación propio de los sabios del Antiguo Testamento, una afirmación de rectitud y orden. Detrás de la poesía hay una constatación de la majestad y control creativo del Dios de Israel.

Este poema declara que la racionalidad del Dios de Israel, que se expresa en el comienzo de su obra creadora, ha sido manifiesta desde siempre: orden, estructura y sensatez forman parte de la creación, y son un reflejo de la propia naturaleza del Señor.

Hay un detalle sumamente singular e

interesante: solo la Sabiduría estaba presente en el momento de la creación, y esta tuvo una función realmente singular en el inicio del cosmos. En efecto, la Sabiduría «estaba junto a él, como aprendiz». La palabra hebrea que hay tras esta expresión quizá se comprende mejor si le damos el sentido de «como un maestro de obras». La Sabiduría y sus atributos de rectitud y orden forman parte de la misma constitución del mundo, de la naturaleza. Entonces, cuando las mujeres y los hombres permiten que esta Sabiduría gobierne sus vidas el resultado es la justicia, la felicidad, y la misma vida que el himno a la Sabiduría proclama: «Jugaba con la bola de la tierra, gozaba con los hijos de los hombres».

2 lectura: Romanos 5,1-5

A Dios, por medio de Cristo, en el amor derramado por el Espíritu.

En el capítulo 5 de la carta a los Romanos, Pablo comienza a explorar la naturaleza de la nueva vida de los que han sido justificados por la fe: «Hemos recibido la justificación por la fe». La carta previamente ha afirmado la realidad pecadora de todos los seres humanos y la radical intervención de Dios en Jesús. Aquí pasa a considerar las consecuencias de este acontecimiento para las personas: «Estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo»; «Hasta nos gloriamos en las tri-

bulaciones»; «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado».

En el lenguaje de la Biblia, la «paz con Dios» connota un sentido objetivo de paz, cuando el conflicto ya es una realidad definitivamente acabada.

La justificación produce «la esperanza de alcanzar la gloria de Dios». Esta esperanza para Pablo es la expresión de una convicción: la certeza de que compartiremos la gloria de Dios.

«La esperanza no defrauda» porque se encuentra fundamentada en el mismo amor de Dios, que ha enviado a Jesús para salvar a la humanidad.

Los que están justificados tienen, pues, paz, esperanza y amor a causa de la acción de Dios en Jesucristo y del poder del Espíritu Santo. La experiencia creyente es realmente maravillosa.

3lectura: Juan 6,12-15

Lo que tiene el Padre es mío; el Espíritu tomará de lo mío y lo anunciará.

El evangelio de hoy contiene las últimas afirmaciones de Jesús sobre el Defensor, que forman parte del discurso de despedida de Jesús en el evangelio según Juan. El foco de esta afirmación se encuentra en la función del Espíritu como maestro permanente en la vida de la Iglesia.

Las despedidas se suelen caracterizar porque hay mucho por decir y escaso tiempo para hacerlo. En la despedida de Jesús a sus amigos surge un problema particular: Él –Jesús– es la revelación de Dios, y los acontecimientos ya están a punto de suceder –crucifixión, resurrección y partida–. Posiblemente no pueden ser entendidos por los discípulos. Los hechos que se producirán, sin embargo, no son ordinarios, sino que contienen el núcleo de lo que Jesús es y de lo que ha venido a hacer.

Las consecuencias de este hecho las encontramos, por ejemplo, en el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles, que explica la historia del crecimiento de la comprensión de la comunidad

creyente a propósito de la recepción de los gentiles en la Iglesia. La comunidad de los seguidores del Señor Jesús resucitado ha de aprender muchas cosas. Jesús, que se despide, lo sabe: «Muchas cosas me quedan por deciros». La comunidad se encuentra siempre en situación de aprender, y el Espíritu es el maestro que Dios mismo les da.

La Iglesia no necesita nueva información, sino un discernimiento fresco y unos ojos siempre enfocados a leer los signos de los tiempos, y la importancia del mensaje que contienen. El Espíritu –hermenéutica crítica de la Iglesia– es, pues, un don permanente. El Espíritu es la realidad indispensable para la comunidad que busca interpretar su tradición y su contexto. Es el Espíritu quien hace de la Iglesia una comunidad de memoria y de esperanza.

Este Evangelio nos ha enseñado mucho sobre la relación del Hijo con el Espíritu. El versículo final nos habla también del Padre. Dios es una Trinidad de amor.

JOAN FERRER

Cuerpo y Sangre de Cristo / C

1 lectura. Génesis 14,18-20

Ofreció pan y vino.

Esta breve lectura nos presenta a un personaje misterioso: Melquisedec, rey cananeo de Salem –nombre antiguo de Jerusalén–. El mismo nombre de este personaje es muy significativo: Melquisedec puede ser interpretado como «rey de justicia». Era rey y, a la vez, sacerdote del Dios altísimo, y presenta como ofrenda los alimentos sencillos que son fruto de la tierra y del trabajo de las personas: «pan y vino». A continuación bendice al Dios altísimo y pide la bendición para Abrán.

El pasaje nos dice que Abrán le dio el diezmo de todo el botín que había obtenido en su campaña contra los reyes de Canaán que habían encarcelado a Lot, el sobrino de Abrán. El sentido del texto era que los israelitas, como había hecho Abrahán, el padre en la fe, han de pagar el diezmo de los bienes

obtenidos del trabajo de la tierra a los sacerdotes del templo de Jerusalén.

El Génesis nos presenta a Melquisedec como prototipo del sacerdote ideal que sobrepasa al orden aarónico. Melquisedec desaparece de la Biblia –salvo una referencia en el salmo 110– hasta que vuelve a aparecer en la carta a los Hebreos. Este escrito descubre el paralelismo entre Jesús y aquel misterioso rey y sacerdote antiguo de Jerusalén. Melquisedec es presentado como tipo de Jesús. Su sacerdocio es más perfecto que el sacerdocio levítico del Antiguo Testamento, ya que fue Abrán –que personifica el sacerdocio levítico– quien pagó el diezmo a Melquisedec. Así pues, Jesús es sacerdote según el rito de Melquisedec, que, como afirma la carta a los Hebreos, es perfecto y eterno.

2 lectura. 1 Corintios 11,23-26

Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor.

Pablo transmite a los cristianos de Corinto una tradición que él ya ha recibido. La tradición contiene las palabras –muy sencillas– que conectan el hecho común de compartir pan y vino con la muerte de Jesús y su significado para la humanidad. El pan tiene el sentido del cuerpo de Jesús, roto por la muerte; la copa es la sangre de Jesús, derramada en la muerte. A través de esta muerte llega una nueva alianza, y a través de la participación en la comida se actua-

liza el recuerdo o memorial de Jesús. La Cena del Señor se encuentra en el núcleo vital de la memoria de Jesús en la Iglesia.

La última frase ya no es de la tradición, sino que es la interpretación que Pablo da de ella. Cada vez que se celebra, la Eucaristía, es un acto de proclamación del Evangelio de Jesucristo: «La muerte del Señor, hasta que vuelva». No hay que perder de vista que la vida y la ce-

lebración de la Iglesia se hallan siempre en un contexto escatológico: hasta que el Señor vuelva. La Iglesia proclama la muerte del Señor en el marco de una esperanza confiada en que él vendrá de nuevo en el triunfo final de Dios.

3lectura. Lucas 9,11b-17 Comieron todos y se saciaron.

La narración de la alimentación de las cinco mil personas, que encontramos en el evangelio según Lucas, es muy rica. Hay que observar, en primer lugar, que está inmediatamente después de la constatación de la decapitación de Juan Bautista. Herodes Antipas (hijo de Herodes el Grande) se siente intrigado ante Jesús. Él piensa que Jesús puede ser Juan resucitado. Jesús es una persona realmente misteriosa: en él se manifiesta algo que va más allá de toda comprensión.

Jesús se lleva a sus apóstoles, que han vuelto de la misión que les había confiado en Betsaida, para estar solos, pero la gente lo sabe y los siguen. El Señor los acoge, les habla del Reino de Dios y cura a los que lo necesitan.

Los doce se dan cuenta de que es tarde y de que no hay comida. Le sugieren que envíe a la multitud a las aldeas o cortijos de los alrededores a buscar alojamiento y alimento, pero él tiene otros

Pablo recuerda la debilidad de Jesús, siempre fiel a Dios, hasta aceptar la muerte. El apóstol insiste en el hecho de que la Iglesia vive en la tensión entre la muerte del Señor y el último triunfo de la resurrección.

planes. Sus instrucciones son decisivas: «Dadles vosotros de comer». Los recursos de los discípulos son muy escasos –cinco panes y dos peces– pero Jesús les ayuda a descubrir que ya tienen bastante. En sus manos son más que suficientes.

La historia describe el poder asombroso de Jesús ante una situación difícil, pero destaca que los discípulos son indispensables. Ellos actúan a las órdenes de Jesús; una órdenes que en apariencia parecen absurdas y más allá de cualquier verosimilitud; pero ellos obedecen sin discutir. Los discípulos simbolizan lo que significa participar en el ministerio compasivo de Jesús. Al seguir las instrucciones de Jesús descubren que la compasión divina va más allá del sueño más atrevido.

Finalmente destacar que la historia tiene un significado eucarístico muy claro: pan bendecido, partido y repartido.

JOAN FERRER

D. 14 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Isaías 66,10-14c

Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz.

El leccionario nos sitúa en la última página del largo libro de Isaías. Los textos contenidos en los capítulos 56-66 forman lo que los estudiosos han llamado el Tercer Isaías, un conjunto de oráculos escritos después del retorno de Babilonia, que son testimonios de diversas situaciones de crisis en la comunidad judía.

En el fragmento que proclamamos hoy hay el testimonio de la intervención emocionante del Señor: la comunidad de fe —y toda la tierra— experimentará la acción de Dios. Se trata de una noticia jubilosa: el Señor intervendrá de manera poderosa y eficaz por el bien de los fieles. Esta novedad comportará una alegría irrefrenable. Esta alegría se

encuentra vinculada a la metáfora del nacimiento. Lo que nace es una Jerusalén renovada por obra de la acción de Dios, por la que «os saciaréis de sus consuelos, y apuraréis las delicias de sus ubres abundantes».

Esta novedad absoluta es asegurada por el poder del Señor, que hará que Jerusalén sea un río de paz. Esta «paz» es un don mesiánico que comporta seguridad y abundancia. Jerusalén, que había sido humillada y empobrecida, ahora será el lugar por donde pasarán «las riquezas de las naciones». Lo que es más importante de este mensaje de júbilo es que el Dios de todo consuelo actuará como una madre amorosa que confortará a sus hijos.

2 lectura. Gálatas 6,14-18

Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús.

El fragmento que nos propone el leccionario hoy es la despedida de la epístola en la que Pablo vuelve a exponer los temas fundamentales de toda la carta.

Pablo plantea la cuestión de los motivos de gloria. Los gálatas se han encontrado con que «los que buscan aparecer bien en lo corporal son quienes os fuerzan a circuncidaros, pero lo hacen con el solo objetivo de no ser perseguidos por causa de la cruz de Cristo» (Gálatas 6,12). Pablo, en cambio, solo se puede gloriar «en la cruz de nuestro Señor Jesucristo». Hemos de tener en cuen-

ta que esto que acaba de decir Pablo es absolutamente revolucionario: en el mundo antiguo la muerte en cruz era la pena capital, una cosa que estremecía con solo ser insinuada. Lo que llena de sentido la afirmación de Pablo es que Dios mismo ha usado la cruz para revelar al Hijo de Dios, la sabiduría de Dios, el poder de Dios.

La afirmación que encontramos a continuación es también paradójica: «Lo que cuenta no es la circuncisión ni la incircuncisión». Parece que Pablo desmonte todo el arduo argumento

que ha defendido en la carta a propósito del hecho de que los no judíos no se habían de circuncidar. Si esto no tiene ningún valor, entonces, ¿por qué Pablo se ha opuesto con tanto coraje a la noción de circuncisión?

La respuesta viene seguidamente, lo que cuenta es «la nueva criatura». En la nueva creación ni la incircuncisión ni la circuncisión benefician a las personas ante Dios.

3lectura. Lucas 10,1-12.17-20 Descansará sobre ellos vuestra paz.

El pasaje del evangelio de hoy nos habla de la misión a los setenta y dos. Es un texto sorprendente: «No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias...». El acento está en la dificultad de la misión y en el hecho de valorar lo que podríamos llamar un estilo de vida austero, quizá espartano. La Iglesia experimenta encontrarse en un mundo incierto y hostil.

Es necesario que destaquemos que lo que es sorprendente es la sutil, pero decisiva, llamada a la plegaria: la convicción de que la cosecha será abundante y de que hay pocos segadores lleva a no hacer una llamada a los trabajadores, sino a rogar «al dueño de la mies que envía obreros a su mies». El pasaje nos enseña que el dueño no solo es el responsable de la cosecha, sino que también es el encargado de enviar a los trabajadores. Los auténticos segadores son aquellos que han sido enviados por el Señor. Los setenta y dos reciben un encargo específico: «¡Poneos en camino!».

Al comienzo de la carta a los Gálatas, Pablo ha hablado de la invasión radical del Evangelio en su propia vida. A lo largo de la carta ha quedado claro que esta invasión radical no afecta solo a los apóstoles sino a todos los creyentes. A partir de aquí las divisiones entre los seres humanos ya no son aceptables, porque el Evangelio es un cambio cósmico, una nueva creación.

La misión es ardua: «Os envío como corderos en medio de lobos». Ni se cita siquiera la presencia del pastor para proteger a los corderos, solo se habla de la vulnerabilidad de las ovejas. La declaración de la proximidad del Reino de Dios –el núcleo del mensaje de Jesús– no es un tema bienvenido entre los que tienen poder, que encuentran que es una amenaza para su poder. La respuesta de los poderosos es la violencia y la brutalidad, la única que conocen.

La situación es muy delicada (y puede ser peligrosa), pero esto no nos debe hacer olvidar que tiene una importancia absoluta y decisiva. Donde sea que se vaya, tanto a los que los acogen como a los que los rechazan hay que anunciarles el Reino. Esta es una palabra de salvación definitiva: la irrupción de Dios en la vida significa liberación y esperanza. Para los que no la quieran acoger será un juicio.

D. 15 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Deuteronomio 30,10-14

El mandamiento está muy cerca de ti para que lo cumplas.

Esta lectura forma parte de una llamada de Moisés, justo antes de morir y en el umbral de la Tierra Prometida –donde él no podrá entrar–, a la nueva generación, que tiene la oportunidad de ser genuinamente el pueblo santo del Señor, de convertirse y de volver a escoger la vida de acuerdo con la voluntad manifiesta del Señor.

Dios ofrece una alianza a su pueblo, y esto constituye una situación excepcional. La opción que Moisés, en nombre del Señor, pone ante el pueblo es una oportunidad para escuchar «la voz del Señor, tu Dios». Este hecho es excepcional: ser persona en alianza consiste

en escuchar la Palabra de Dios. Escuchar es la puerta del amor. Quien se siente seducido por la persona que habla y por sus palabras, las guarda.

Esta Ley es una propuesta de vida feliz en la escucha. Las objeciones que parece que Israel –pueblo que no quiere escuchar– pondrá ya están previstas de antemano: «No excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo... Ni más allá del mar». La Palabra del Señor no es algo remoto ni inalcanzable, sino cercana: tan cercana como la boca que la puede recitar o el corazón que la puede recordar.

2 lectura. Colosenses 1,15-20

Todo fue creado por él y para él.

Esta segunda lectura es un himno del tiempo de los orígenes de la Iglesia recogido en la carta a los Colosenses, que canta la primacía de Cristo a través de una notable variedad de motivos teológicos de gran profundidad.

El himno comienza proclamando que Cristo trae la verdadera imagen de Dios. A continuación destaca la conexión de Cristo con la creación: él es el primogénito, él es el agente de la creación, él es el origen y el objetivo de la creación. Cristo es la cabeza de la Iglesia y «el primogénito de entre los muertos». La parte final del himno destaca la misión salvífica de Cristo: es a través de Cris-

to que Dios «quiso reconciliar todas las cosas... haciendo la paz por la sangre de su cruz».

Señalemos la singularidad de este himno, que proclama el Reino de Cristo sobre toda la creación, y las implicaciones de este Reino para la humanidad. A través de Cristo, Dios transfiere a la humanidad del «dominio de las tinieblas» a la «herencia del pueblo santo en la luz» (Colosenses 1,12, principio del himno). Conmemorar y celebrar esta realidad comporta una obligación de gratitud sin límites.

3lectura. Lucas 10,25-37

¿Quién es mi prójimo?

Hoy quizás podríamos pensar que el buen samaritano es una especie de santo secularizado: hospitales, organizaciones no gubernamentales, grupos de ayuda, etc. Todo esto está muy bien, pero este santo secularizado tiene muy poco que ver con el personaje de la parábola de Jesús. Sacarlo del contexto y convertirlo en símbolo de «hacer el bien», del afortunado que ayuda al que es poco atractivo y menos afortunado, no nos permite entrar a fondo en el reto y la amenaza que contiene.

Es preciso prestar atención al diálogo inicial del maestro de la Ley con Jesús. La pregunta está formulada con la intención de «ponerlo a prueba». Jesús remite a este maestro a la Ley y él, como buen experto, sabe la respuesta correcta. Pero Jesús va siempre más allá: no se trata de un debate puramente académico, pues Jesús convierte la cuestión en una realidad vital: «Haz esto y tendrás la vida».

El hombre, sorprendido, intenta justificarse y formula una nueva pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?». No es una cuestión gratuita, pues el libro del Levítico entiende que «el prójimo» al que hay que amar es «alguien de tu pueblo». El maestro, por respuesta, obtiene una parábola. Hemos de destacar que el sacerdote y el levita no habrían sido condenados por la audiencia de Jesús. El hombre apaleado parecía muerto, y los sacerdotes tenían prohibido tener cualquier tipo de contacto con muertos (aunque fuese un pariente). El sacerdo-

te y el levita simplemente representan lo que las personas religiosas habrían hecho en una situación como esta.

Por otro lado hemos de tener en cuenta que el samaritano era una persona despreciada. El adjetivo «buen» que la tradición le ha adjudicado (y que no pertenece al texto evangélico) tiende a reducir el elemento de tensión racial que da fuerza a la historia. El mismo texto del evangelio, en el capítulo anterior (Lc 9, 52-54), nos acaba de decir que el pueblo samaritano había negado la acogida a Jesús y a los discípulos. Los samaritanos habían rechazado participar en la restauración de Jerusalén y se habían puesto de parte de los sirios en las guerras contra los judíos. El samaritano es un personaje odiado en tiempos de Jesús.

Este, precisamente, es el que supo reconocer al «prójimo» en el hombre malherido. El maestro judío, experto en la Ley de Dios, ha de aceptar que el despreciado samaritano se ha hecho cercano a la víctima y ha actuado según la voluntad de Dios. La parábola deja siempre abierto su mensaje. Quizá nos invita a identificarnos con la víctima, con quien necesita con urgencia la ayuda de los demás (en lugar de hacerlo con la persona misericordiosa). La tradición patristica, con perspicacia, vio que Cristo era el que ayudaba siempre y en cualquier circunstancia. El samaritano, más que un santo secularizado, es imagen del Profeta de Dios.

D. 16 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Génesis 18,1-10a

Señor, no pases de largo junto a tu siervo.

El origen de esta historia hay que buscarlo en la explicación del nombre de Isaac («él se rio») en relación con la risa descreída de Sara cuando oye anunciar por parte de los misteriosos viajeros que será madre pese a que ya era una anciana.

Abrahán es un nómada que está sentado a la sombra de la tienda a la hora fuerte de calor y que ofrece hospitalidad —a la manera de los nómadas— a tres extranjeros que aparecen de súbito. Todo parece muy normal. Abrahán es consciente de que no podrán permanecer con él sino que tendrán que seguir el camino después de comer.

La pregunta que hacen es intrigante: «¿Dónde está Sara, tu mujer?». Es sorprendente que, siendo extranjeros,

sepan su nombre. De hecho, el enigma más sorprendente es que los tres extranjeros incluyan al Señor: «el Señor se apareció a Abrahán...». Abrahán «alzó la vista y vio tres hombres». Los intérpretes cristianos han querido ver en ello una expresión de las tres personas de la Trinidad divina, pero el texto no permite ser interpretado en esta dirección.

Sara era escéptica ante la promesa de Dios, por esto «se rio para sus adentros, pensando: "Cuando ya estoy agotada, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?"» (Génesis 18,12). El texto dice que Sara rio de incredulidad, pero el hijo que nacerá se llamará Isaac («él se rio»), y nos hace saber que lo que es importante es el reír de Dios, que cumple las promesas de salvación.

2 lectura. Colosenses 1,24-28

El misterio escondido desde siglos, revelado ahora a los santos.

El capítulo primero de la carta a los Colosenses contiene un himno usado en el culto cristiano que el autor —posiblemente un discípulo de Pablo— interpreta para ayudar a su comunidad. Parece que el autor se opone a unos personajes que insisten en las prácticas ascéticas, y a otros que defienden una especulación filosófica abstracta próxima a la gnosis.

El himno que está justo antes del fragmento que proclamamos hoy (Colo-

senses 1,15-20) interpreta a Cristo en lenguaje exaltado y cósmico: «Cristo Jesús es imagen del Dios invisible; primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas» (Colosenses 1,15-16). Después de este lenguaje altamente teológico, el autor pasa a hablar del ministerio de Pablo como instancia concreta de la reconciliación que Cristo ha traído. La afirmación que «completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Igle-

sia» es sorprendente. Probablemente la palabra «padecimientos» no se refiere propiamente a padecimientos físicos sino a la agitación que acompaña a los acontecimientos apocalípticos. Esto significa que el ministerio de Pablo es parte de la revelación final de los misterios de Dios. Pablo completa «lo que falta» por el hecho de que la actividad misionera hace presente a Cristo en el corazón de las comunidades cristianas, de otra manera sería como un Cristo

no conocido y, por tanto, incompleto. La tarea misionera es una etapa necesaria en el proyecto misionero universal en favor de su cuerpo, que es la Iglesia universal.

Cristo es el contenido central del «misterio escondido». Se trata de un programa de mediación crística que tiene su origen en Dios y que se ha de cumplir en la predicación apostólica universal de Pablo a las naciones.

3lectura. Lucas 10,38-42

Marta lo recibió en su casa. María ha escogido la parte mejor.

La historia de Marta y María podría parecer más bien una discusión familiar en que Jesús dice que cada participante tiene el derecho de actuar según su propio criterio.

Hemos de destacar que el fragmento se sitúa después de la parábola llamada del buen samaritano. Marta aparece como una mujer que acoge a Jesús en su casa. Marta es la cabeza de familia que se siente molesta porque María pasa todo el rato con Jesús y no la ayuda en las tareas del servicio de mesa. ¿Por qué Marta presenta las quejas a Jesús y no a María? ¿Quién lo puede saber? Quizá es la manera que tiene el narrador de decir que Jesús confirma la elección de María. Jesús dice que «María ha escogido la parte mejor». ¿Cuál es esta parte? «María, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra». Esta es la manera de declarar que ella es una discípula. Ella ha escogido escuchar a Jesús: esto significa que lo ha acogido como profeta.

Ella hace lo que los discípulos fieles deben hacer: escuchar.

¿De aquí podemos deducir que la vida de escucha y contemplación es preferible a la vida de acción? No. Recordemos la parábola del buen samaritano en la que aquel que hace tantas cosas por la persona malherida es el modelo de amor hacia el otro. Después viene María, distinguida no por su acción sino por su escucha atenta de la palabra de Jesús. El hecho de que se encuentre a continuación del samaritano indica que la condición de discípulo no solo tiene relación con el amor al otro, sino también con el amor de Dios; no solo con el servicio activo, sino también con la silenciosa y paciente espera a los pies del profeta supremo de Dios. Hacer sin escuchar, fácilmente se podría convertir en un activismo que olvidaría cuál es el verdadero objetivo de todo. Escuchar sin hacer sería una burla de las palabras.

JOAN FERRER

D. 17 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Génesis 18,20-32

No se enfade mi Señor si sigo hablando.

Después del episodio de la promesa de que Sara tendrá un hijo, hecha por Dios en la figura de tres misteriosos mensajeros a Abrahán, encontramos el episodio que proclamamos hoy, que nos presenta el diálogo entre Dios y Abrahán a propósito de la justicia.

Hay que tener cuidado de no interpretar mal el texto como un puro cálculo aritmético en relación con el perdón que puede ser otorgado, o con la justicia que puede ser impartida. El texto es muy significativo porque nos permite entender que la gracia, de manera inesperada, incluso ante la constatación del mal («su pecado es grave»), puede irrumpir en la realidad. Abrahán es, en este texto, el portador de una nueva posibilidad teológica. El patriarca se convierte en una voz fundamental para el bien de los demás; recordemos que Abrahán ha sido elegido por Dios:

«Lo he escogido para que mande a sus hijos, a su casa y a sus sucesores que guarden el camino del Señor, practicando la justicia y el derecho» (Génesis 18,19). La vocación de Abrahán no es solo para la obediencia moral sino que manifiesta pasión para con los otros. El texto con el regateo nos enseña el valor que tiene la busca de la justicia, más que la actividad para la destrucción de los injustos. El Dios verdadero, que ha elegido a Abrahán, ¿puede intervenir en su libertad y gracia para romper una sentencia de castigo?

El tema central de nuestra lectura de hoy es la justicia. Constituye una reflexión sobre la naturaleza de la justicia de Dios y su poder y autoridad ante la maldad. Tras el diálogo entre Dios y Abrahán está el convencimiento teológico de que la culpa no puede tener más poder que la inocencia.

2 lectura. Colosenses 2,12-14

Os vivificó con él, perdonándoos todos los pecados.

Los cristianos vivimos en la tradición sobre Cristo. No se trata de una colección de hechos y obligaciones que nos ha traído la historia, sino de una manera de vivir. «Por tanto, ya que habéis aceptado a Cristo Jesús, el Señor, proceded unidos a él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe que os enseñaron, y rebosando agradecimiento» (Colosenses 2,6-7). Destaquemos la importancia atribuida al hecho de ser «en

él». Por esto la vida cristiana siempre se abre camino hacia la acción de gracias, que es la única respuesta adecuada a la recepción de Cristo Jesús en la propia vida.

El breve fragmento que leemos hoy nos detalla los caminos a través de los cuales los cristianos nos encontramos unidos a Cristo. «Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resuci-

tado con él, por la fe en la fuerza de Dios». La fe es ya una experiencia de resurrección, y comporta la realidad del perdón descrito como una experiencia de destrucción del documento que

contiene la memoria de los pecados cometidos. Y esto es obra de Dios: «Canceló la nota de cargo que nos condenaba... clavándola en la cruz».

3lectura. Lucas 11,1-13 Pedid y se os dará

En la sección del camino de Jesús hacia Jerusalén, del evangelio según Lucas, no es de extrañar que encontremos una enseñanza fundamental sobre la oración. Lucas es el evangelio que habla más sobre la plegaria: Jesús reza regularmente y en los momentos críticos de su ministerio. La oración también es una marca distintiva de los auténticos seguidores de Jesús: lo que distingue a los seguidores de Jesús de los demás.

La plegaria es indispensable porque sitúa a los que rezan en contacto con la increíble generosidad de Dios. Su éxito no depende de las estrategias de los discípulos sino del Padre que escucha, al cual los que rezan se encuentran referidos sin parar.

El evangelio de hoy comienza con la oración de Jesús. Por eso los discípulos piden enseñanza sobre la plegaria. Y en aquel momento reciben un primer modelo de oración y una parábola que destaca el carácter de Dios y, finalmente, la certeza de que Dios, como Padre celestial, responderá a las peticiones de los hijos de Dios y les dará el Espíritu Santo.

Sobre el Padrenuestro, destaquemos que nos enseña a dirigirnos a Dios como Padre, es decir, con la misma

familiaridad que tiene Jesús cuando reza. Esto solo ya indica la confianza con que pueden ser realizadas las plegarias. Destaquemos también que la plegaria modelo es exclusivamente de petición. No contiene adoración, acción de gracias o confesión. Solo tiene cinco peticiones a Dios para que realice algo: para que cumpla las promesas hechas previamente en lo que se refiere al nombre de Dios, a su Reino y para el cuidado y protección del pueblo de Dios.

La parábola que sigue se inscribe en el contexto del valor de la hospitalidad en el mundo oriental antiguo. Los viajeros, para alojarse, dependían de amigos o conocidos. Quien recibe una petición de un amigo a medianoche, difícilmente se puede negar a atenderla pero, en caso de que se negara, la «impertinencia» obligaría a concederle lo que pide. Así pues, si un vecino acaba cediendo, con mucha más razón Dios, en quien siempre se puede confiar, concederá a sus hijos lo que necesitan. La plegaria se encuentra arraigada en la bondad y generosidad de Dios. Los discípulos, a los cuales se ha encomendado la misión, recibirán el Espíritu, que es el recurso definitivo para esta tarea.

Santiago, apóstol

1 lectura. Hechos 4,33; 5,12.27-33; 12,2

El rey Herodes hizo pasar a cuchillo a Santiago.

La primera lectura de hoy se compone de diversos fragmentos: un verso de un sumario de la vida de la comunidad primitiva de Jerusalén; unos fragmentos de la actividad y persecución que sufren los apóstoles y una noticia sobre la muerte de Santiago, hermano de Juan e hijo de Zebedeo, por orden de Herodes Agripa I. Este hombre, Herodes Agripa, había sido nombrado rey de Judea por el emperador romano Claudio, e intentó suprimir la Iglesia de Jerusalén.

La actividad apostólica es fundamental en la vida de la Iglesia: consiste en dar testimonio de la resurrección de Jesús, testimonio que se ve confirmado por

hechos prodigiosos entre el pueblo que muestran que la obra apostólica pertenece a Dios.

Las autoridades amenazan los testimonios de la resurrección, pero la fuerza del Espíritu los llena de coraje para proclamar la verdad salvífica del Evangelio: «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús... para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados». Esto es una noticia de una fuerza irresistible, pese a que las autoridades puedan hacer daño a los testimonios de Jesús, como ahora a Santiago, de la misma manera que al Señor Jesús, al que mataron «colgándolo de un madero».

2 lectura. 2 Corintios 4,7-15

Llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús.

En el fragmento anterior de su segunda carta a los Corintios, Pablo se ha referido al ministerio apostólico en términos de «gloria» y de «luz». Aquí lo considera un «tesoro», pero Pablo, inmediatamente, sorprende al añadir que los apóstoles lo llevan en «vasijas de barro». El ministerio apostólico es grande –don de Dios– pero contrasta con el soporte humano que es muy frágil y quebradizo. La paradoja que Pablo quiere poner de manifiesto es que es precisamente en la fragilidad y debilidad humanas donde se pone de manifiesto la fuerza de Dios.

Los mensajeros del Evangelio han de saber que sus limitaciones, sus sufrimientos y aparentes fracasos, y también su misma muerte física, son generadores de vida en bien de ellos mismos y de los demás.

A partir de Jesús, la muerte de uno es para la vida de los demás. Pablo, esto lo ha constatado en muchas ocasiones a lo largo de su azarosa vida de apóstol, por esto lo expresa de esta manera apasionada.

Seguidamente aporta una cita de la escritura extraída del salmo 116,10: «Creí, por eso hablé». El salmista pro-

clama con gozo que Dios lo ha liberado de un peligro grave. Esto lleva a Pablo a proclamar su confianza absoluta, que proviene de la fuerza de Dios, que se

ha manifestado de manera portentosa en la resurrección de Jesús y que se hará presente en la de los cristianos.

3lectura. Mateo 20,20-28 Mi cáliz lo beberéis.

El evangelio, según Mateo, nos confronta en este episodio con una situación de falsa ambición contrapuesta con el servicio verdadero. Ante la petición de la madre de Santiago y Juan, los Zebedeos, que son la segunda pareja de hermanos –después de Simón-Pedro y Andrés– que fueron llamados por Jesús al seguimiento, de obtener un lugar de preferencia en el Reino, Jesús responde desanimando cualquier vanidad derivada de la esperanza de participar en la victoria de Dios, y se centra en la dura tarea de vivir el aquí y el ahora. En esto, el único modelo a seguir es el del Hijo del hombre, que es siempre un siervo donador de vida.

Este episodio es situado por el evangelista después del tercer anuncio de la pasión por parte de Jesús. Recordemos que después del primer anuncio Pedro expresa a Jesús su oposición; después del segundo, los discípulos discuten sobre cuál de ellos es el más grande; ahora, viene el episodio de la petición de que los dos hermanos puedan sentarse uno a la derecha y el otro a la izquierda de Jesús. Parece que nadie puede comprender que Jesús tenga que sufrir, que la corona de espinas tenga que preceder a la corona de la victoria.

Jesús les habla del «cáliz que yo he de

beber» refiriéndose a que habrá de ser completamente abatido por el dolor, por la pasión que ya se acerca.

Señalemos que la indignación de los otros diez apóstoles no proviene del hecho de que ellos sean capaces de pensar como Jesús, sino de que se sienten celosos ante los Zebedeos. Estos lugares de honor también los desearían para ellos mismos.

La culminación de todo el pasaje evangélico es la referencia final al Hijo del hombre. Solo en él palabra y obra van siempre de acuerdo, él es el rey verdadero que tiene como único objetivo el beneficio de sus súbditos. Él mismo, que está destinado a poseer autoridad en el cielo y en la tierra, es el ejemplo verdadero del primero que se hace a sí mismo último. El «rescate» era el dinero que se pagaba por la liberación de los esclavos o de los prisioneros de guerra. La vida de Jesús será el precio de rescate para todos los hombres. Este pasaje es una profunda lección de cristología: Jesús reinará en su Reino, beberá la copa del sufrimiento, ha venido a servir y no a ser servido, y da la vida como rescate para la humanidad. La lección para los discípulos es que ellos han de ser como Jesús.

D. 18 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Eclesiastés 1,2; 2,21-23

¿Qué saca el hombre de todos los trabajos?

El libro del Eclesiastés –conocido también por el nombre hebreo de su libro, el Qohélet– es una obra desconcertante. Ambos nombres significan «portavoz del pueblo» y es una referencia a quien dirige palabras (intrigantes) a la asamblea.

Con una actitud escéptica contesta algunas de las concepciones tradicionales del patrimonio religioso de Israel: ¿tiene valor aún la doctrina de la retribución según la cual el justo será premiado mientras que el malvado será castigado?

La primera palabra de este maestro de sabiduría es la constatación del gran vacío de la vida humana. «Vanidad» significa aquello que es inconsistente, como el aliento que sale de la boca de

las personas en días de frío, que forma un ligero vaho que se disipa inmediatamente. El maestro hace notar la inconsistencia de la realidad en el momento de hacer un balance de toda la vida. Ya de entrada el texto nos indica que no hay que hacerse ilusiones.

En el momento de pasar cuentas surge la pregunta fundamental: «¿Qué saca el hombre de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol?». La respuesta no es fácil. De entrada aprendemos, de las reflexiones del Eclesiastés, que se ha de vencer la ambición de poseer sin límites, y que la respuesta a una pregunta como esta que formula es inútil si no remite todo a un horizonte de sentido.

2 lectura. Colosenses 3,1-5.9-11

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo.

A veces hay personas religiosas que parece que entiendan que la vida cristiana consiste en vivir de manera restrictiva, moralista, con una cierta tendencia a la infelicidad. La carta a los Colosenses nos hace pensar que, ya en el siglo I, había personas que pensaban de esta manera.

El autor de esta carta advierte a los colosenses sobre determinadas maneras de hacer que parece que promuevan la sabiduría, la piedad y la autohumillación, pero que en realidad contradicen el evangelio. Así pregunta: «¿Por qué os sometéis a los dictados de los que

viven según el mundo?» (Col 2,10).

El pasaje que leemos hoy ofrece una alternativa a la falsa piedad disfrazada de fidelidad pero que, en realidad, se conforma a un estándar del mundo. Aquí el autor ofrece una comprensión de la nueva vida que viene a continuación del bautismo, fundamentándola en la afirmación central sobre el carácter liberador de la vida en Jesucristo. La verdadera vida de la persona cristiana «está con Cristo escondida en Dios», y su gloria será revelada con la de Cristo el último día. La resurrección de los cris-

tianos es real en el presente pero aún no es completa.

Los que han resucitado con Cristo han de amar «los bienes de allá arriba». «Los de la tierra» en esta carta, hace referencia a actitudes distorsionadas de determinadas personas que se encuentran gobernadas por un conjunto perverso de valores, no con la vida humana en general.

Los cristianos ya se han despojado del hombre viejo y de aquello que lo ata a la tierra: «La fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia, que es una idolatría». En la liturgia bautismal antigua, los nuevos bautizados se ponían un vestido nuevo que simbolizaba la nueva realidad que adquirirían, que es una realidad tan sorprendente como «la imagen de su Creador».

3lectura. Lucas 12,13-21

¿De quién será lo que has preparado?

La cultura capitalista moderna sobre el beneficio del dinero, las inversiones y los gastos, a menudo desconcierta. El mundo moderno trata de enriquecerse y de crecer. La Palabra de Dios nos desafía constantemente: ¿cómo podemos vivir responsablemente en una sociedad que, en términos generales, tiende a valorar a las personas por lo que tienen y donde la acumulación de dinero es el camino más fácil de acceder al poder?

El evangelio de hoy es muy adecuado para reflexionar sobre el significado de los bienes en el contexto de la gran enseñanza sobre el seguimiento de Jesús que el evangelio, según Lucas, nos va ofreciendo.

Destaquemos que la enseñanza va dirigida a discípulos y a personas que queremos ser discípulos de Jesús, pero que no disponemos de recursos para

cambiar los modelos económicos, sino que queremos vivir en fidelidad a la llamada de creyentes que hemos recibido. Las palabras de Jesús solo tienen sentido en el círculo de la fe, donde la intrusión de Dios en la vida de la gente, como en el caso del hombre rico de la parábola, es tomada seriamente. La llamada del hombre a Jesús es muy abrupta y el motivo parece trivial, pero hay que estar constantemente en guardia contra los diversos caminos en que la codicia se manifiesta en la vida humana. La vida es mucho más que las posesiones: es un don de Dios que se valora de otras maneras y no por el volumen de las cuentas bancarias. La parábola no necesita explicación: poner la confianza en falsas seguridades es una tragedia. El texto, sin embargo, en su infinita sabiduría, no nos prescribe ninguna respuesta específica a nuestras preguntas sobre los bienes.

JOAN FERRER

D. 19 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Sabiduría 18,6-9

Nos glorificaste a nosotros, llamándonos a ti.

El libro de la Sabiduría, atribuido a Salomón, el modelo de rey sabio, trata del tema del misterio de la muerte y del más allá desde la perspectiva de tres enigmas de la existencia: la muerte dolorosa del justo, la esterilidad de quien es fiel y la muerte prematura del justo. La última parte (capítulos 10–19) evoca la obra de la sabiduría desde Adán hasta Moisés, y después hace una larga consideración teológica a partir del tema de las plagas de Egipto. Aquí se sitúan los versículos que el leccionario nos ofrece como lectura de hoy.

El autor ve que la tiniebla tenía cautivos a los egipcios, que eran los que antes habían hecho prisioneros a los fieles del

Señor. Entonces una columna de fuego dirigía al pueblo de Dios en su gloriosa marcha. Iba acompañada de milagros y conducía hasta el país prometido.

«La noche de la liberación» es una fórmula consagrada en la tradición de Israel: es la manera de evocar la noche de Pascua, que es una noche que inaugura el futuro. La noche de la liberación de Egipto, los justos –Israel, el pueblo escogido por Dios– fueron salvados y los enemigos –el mundo de la tiniebla simbolizado por el faraón y sus ejércitos– se perdieron. En realidad nos encontramos ante una nueva creación que separa la luz de la tiniebla, leída en clave de una historia liberadora.

2 lectura. Hebreos 11,1-2.8-19

Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.

La lectura de hoy trata de la fe de los padres de Israel, y se centra en la fe de Abrahán y de Sara. El texto sirve de encomio de las generaciones pasadas y, a la vez, es una exhortación que pide la misma fe en los creyentes actuales.

La fe es explicada como la realidad de algo que se espera. La fe incluye la confianza sobre lo que en el presente no puede ser verificado. La carta a los Hebreos sabe que la fe de las personas creyentes ya anticipa el resultado –la realidad– de lo que es creído. Esto no significa que creer ya hace que algo sea verdad, o que lo que alguien crea acon-

tezca, sino que la fe en sí misma tiene un tipo de poder escatológico.

La fe para los Hebreos es la prueba de lo no visto. La fe en sí misma se mueve en la dirección de la realización de lo que, ahora mismo, se encuentra más allá de la demostración. Esta afirmación sorprendente cobra sentido en el recital de la historia de Israel que encontramos a continuación.

La discusión de la fe de Abrahán se centra en dos temas. Su obediencia a la llamada a ir hacia una nueva tierra y su confianza en la promesa de Dios que le concedería una descendencia propia.

Los patriarcas vivieron en tiendas en la tierra que les había sido prometida. Esto contrasta con la «ciudad» que esperaban recibir, pero esta ciudad pertenecía al futuro escatológico. Abrahán, como los otros antepasados de Israel, murió sin haber visto realizadas las promesas en que había creído: no habitó

la tierra ni vivió para ver la gran familia que le había sido prometida. Pero por el hecho de que confió en él, «Dios no tiene reparo en llamarse su Dios». Esta afirmación es colosal: Dios se siente orgulloso de Abrahán y de los que confían en él.

3lectura. Lucas 12,32-48 Lo mismo vosotros, estad preparados.

El evangelio que proclamamos la semana pasada trataba de los efectos devastadores de la riqueza, y advertía contra la codicia y la presunción de que a través de las posesiones materiales alguien podrá asegurar el futuro. Hoy, el énfasis, puesto en un contexto escatológico, recae sobre la manera de actuar responsablemente. La única preocupación verdadera es buscar, con pasión, el Reino de Dios, y tener la certeza de que Dios cuidará de ellos. Hay que evitar la ansiedad, y estar preparados para la venida del Hijo del hombre.

Los discípulos deben *esforzarse* por el Reino y, a la vez, se han de sentir confortados porque Dios ha tenido a bien *darles* el Reino. Es toda una paradoja. El mundo es controlado no por el hado o por fuerzas del desorden y la confusión, sino por un Padre que trata amorosamente a su «pequeño rebaño». La presencia del gobierno de Dios sobre el mundo es la única razón

justificable para una actitud liberada de angustias para con las necesidades de la vida, y la voluntad de compartir las propias posesiones con los pobres. Ahora entendemos lo que podía haber hecho aquel hombre que tuvo una cosecha tan abundante de la parábola de la semana pasada: ayudar a los que se encontraban en necesidad, en lugar de engañarse a sí mismo pensando en que su prosperidad garantizaría su futuro.

Las secciones finales del evangelio de hoy hablan de la necesidad de estar perpetuamente a punto para el Hijo del hombre. El momento de la llegada es desconocido, pero la venida es segura. Esta anticipación escatológica sitúa la reflexión sobre las posesiones en un nuevo contexto: la actitud para con la riqueza y las acciones que se hacen con el dinero no son algo trivial, sino que forman parte de la condición de discípulo, siempre a punto y en vela.

JOAN FERRER